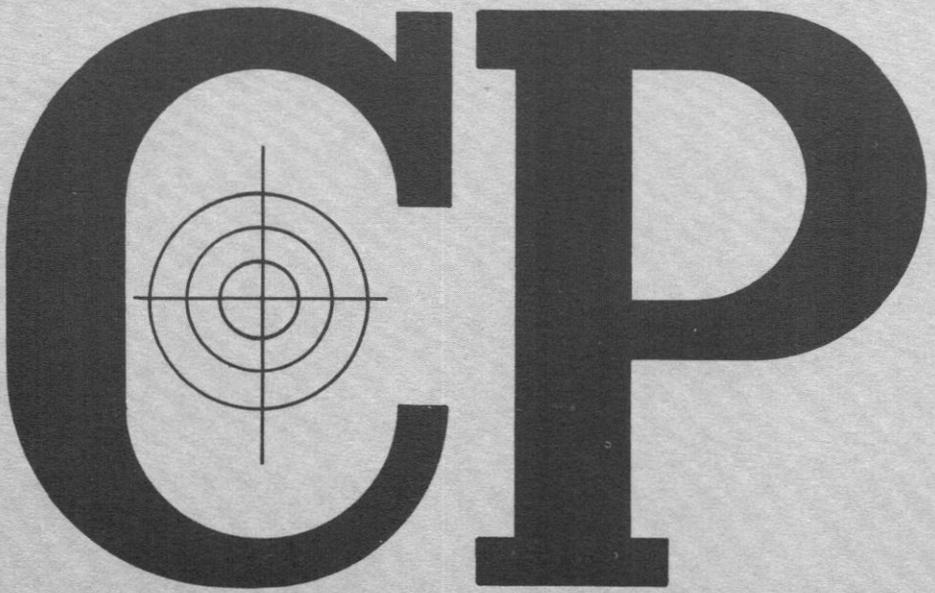
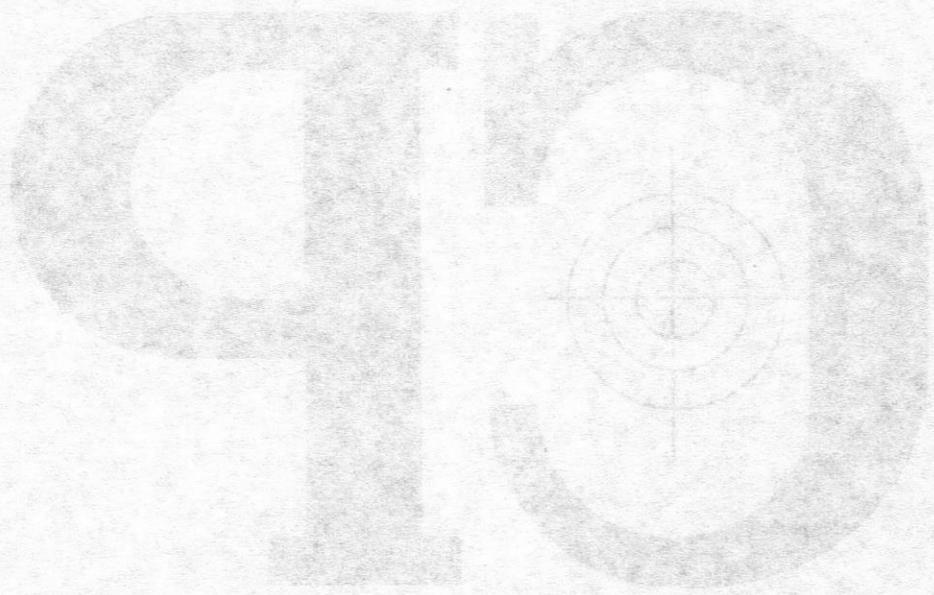


CP

The logo consists of the letters 'C' and 'P' in a bold, sans-serif font. Inside the 'C', there is a target symbol composed of three concentric circles and a crosshair with four lines extending to the edges of the innermost circle.

CIENCIA Y POLITICA



CIENCIA Y POLÍTICA

América, constelación de patrias *

BELISARIO BETANCUR CUARTAS

Vengo a darles afectuosa bienvenida en nombre de los colombianos que aprecian la resonancia de esa hermosa y misteriosa dimensión del espíritu, que los lleva a consagrar la pasión de su intelecto y el fervor de su vida, a esta fracción de la tierra y de la historia que llamamos *América*: exaltamos así la importancia del 45o. Congreso Internacional de Americanistas que en más de una década no tenía lugar en un país hispanoparlante.

Suscita reflexiva gratitud en un americano raso, la inteligencia concentrada e inclinada sobre su primordial objeto de estudio: América; más aún cuando este rigor académico y científico se prolonga en sucesivas generaciones de investigadores que durante más de cien años se dan cita como en una peregrinación de un nuevo culto: el conocimiento de América.

Por tanto, más como americano que como gobernante, celebro con alborozo la presencia de ustedes hoy aquí. También como gobernante de un país americano, confieso que son muchas las expectativas que despierta este evento en una hora crucial para el destino de América.

El tiempo histórico

¿Son las Américas “incapaces” e “inferiores” o simplemente “inmaduras”? Hace siglo y medio Hegel respondió que sí, que eran

* Palabras del Presidente de Colombia Belisario Betancur Cuartas, para inaugurar el 45o. Congreso de Americanistas: Teatro Colón, Bogotá, julio 1o. de 1985.

incapaces e inferiores quizá entonces por inmaduras. Y distinguía entre Norteamérica colonizada por protestantes y Suramérica conquistada por católicos: la primera, si llenaba sus espacios con el *vaciado* de la población *sobrante* europea, ingresaría a la historia a realizar el *contenido de la razón*; la del Sur, viviría en la penumbra del tiempo, dada su incapacidad para constituir las hegelianas "*naciones histórico-universales*" con autoconciencia de la libertad.

El siglo veinte le haría mala jugada a esta futurología del eurocentrismo decimonónico, que se prorroga por inercia hasta mediados del siglo presente, como sustrato dominante en la filosofía social de occidente.

Los pueblos descolonizadores

Es cierto que nuestras formaciones nacionales arrancaron objetiva y subjetivamente débiles, como economías y conciencias nacionales; y cierto que fueron frágiles en su constitución inicial. También es cierto que en el XIX fueron coagulando, hasta plasmar naciones que antecedieron y hacen parte integral del movimiento planetario de la descolonización.

La corriente anticolonial asiática y africana, hunde sus raíces en la independencia de Norte y Suramérica: su estallido revela de qué modo los *pueblos sin historia* la transforman a la escala mundial, rescatando la universalidad e igualdad del ser humano. ¡Sorprende que clases sociales como las campesinas, consideradas bárbaras por los filósofos decimonónicos herederos del iluminismo, contribuyen a la modernidad en México o Rusia, en Cuba o Egipto, en China o en la India!

La universalidad humana

El movimiento descolonizador y las luchas del Tercer Mundo, reafirman la antigua conciencia sobre la universalidad del género humano: desde el siglo V antes de Cristo, Confucio expresaba que *para el que respeta la dignidad del hombre y practica lo que exigen el amor y la cortesía, todos los hombres son hermanos dentro de los cuatro mares*.

Por la misma época los estoicos griegos, que tanta influencia tendrían en el derecho romano, sostenían —discrepando de Platón

y Aristóteles— que la diferencia entre los hombres no dependía de que pertenecieran a tal o cual *polis*, sino de su obediencia a las leyes que determinan la naturaleza humana y la de las cosas.

Un temprano humanismo

Sería superfluo tomar partido ahora en esa polémica que viene desde la conquista. Pero admitiendo que la historia la hacen también las ideas, es fácil adherir a quienes representaron un temprano humanismo, relegado por los nacionalismos imperialistas que siguieron a las guerras europeas y mundiales desde Napoleón.

Sin maniqueísmo, rechazando de antemano la leyenda negra o la leyenda épica en el sentido historiográfico de Jacques Lafaye, resaltemos la obra de Las Casas y la validez del derecho natural universal que, con motivo de la controversia sobre indios y territorios, dejara el Padre Vitoria. Postuló él un *just inter gentes*, parte sustancial del humanismo de los siglos XVI y XVII, cuando reconoció a los indígenas la titularidad de los mismos derechos de las naciones cristianas o de los conquistadores: el predominio no borraba derechos ínsitos en la naturaleza humana; y puesto que los indios eran hombres, hacían parte de la comunidad universal.

La conciencia desdichada

Que tal visión fuera controvertida por los hechos históricos, no disminuye su validez intrínseca: la realidad era más abigarrada en tonalidades, en una América incorporada al mundo occidental, que recorría los caminos de la ambigüedad y, para utilizar una vez más a Hegel, mientras quienes dominaban a sus sociedades sufrían *la conciencia desdichada*.

La dicotomía entre bárbaros y civilizados, ha servido más para afianzar la dominación que para explicarla. En la conciencia histórica de los vencedores, ha existido una tensión entre su necesidad material de ejercer la desigualdad, mientras postula la igualdad natural de los hombres, proclamada ésta bajo la égida neotomista y bajo el laicismo de las revoluciones modernas. Y en la historia iberoamericana hay un hilo de desazón entre sus gobernantes, más fuerte en cuanto más lúcidos sean, como lo comprueba la Carta de Jamaica del Libertador Bolívar. Pero no estamos condenados al fatalismo hegeliano, ni a ninguno otro: un día no lejano, nuestras sociedades construirán el puente entre los

ideales igualitarios y universales y nuestra áspera realidad.

El deber ser americano

Como toda obra, ésta necesita un proyecto, una conciencia anticipatoria del *deber ser americano*, algo que corresponde menos al historiador empírico y más a los pueblos y a sus gobernantes.

Es excusable que las interpretaciones sobre la identidad del ser americano incorporen al tiempo las nociones de *ser* y *deber ser*, porque en nuestro *proyecto-América* seguimos destilando las esencias precolombinas, africanas e hispánicas, sumidos ya en un mundo moderno que apenas ha dado tiempo de asimilarlo en sus estructuras materiales y tecnológicas pero no en sus principios de poder.

Ese mundo también nos *redescubre* y define; pero es tal la magia de sus conceptualizaciones, que podemos perder el norte de nuestra travesía. ¿Cómo denominar a ese subcontinente liberado del imperio colonial español o portugués? *América*, genérico, estaba reservado en el vocabulario culto europeo, para los Estados Unidos.

Las Américas, parecía dudosa transacción lexicográfica. El fenómeno fue advertido por Humboldt quien, a mediados del siglo y poco antes de su muerte, escribió:

"Para evitar circunloquios fastidiosos, continúo escribiendo en esta obra (Complemento al Ensayo Político sobre la Isla de Cuba) no obstante los cambios políticos sobrevenidos en el estado de las colonias, a los países habitados por los españoles-americanos bajo la denominación de América Española. Designo Estados Unidos, sin agregar América Septentrional, a los países anglo-americanos, aunque se hayan formado otros Estados Unidos en la América meridional. Es embarazoso hablar de pueblos que desempeñan un gran papel en el escenario mundial y que no tienen nombres colectivos. La palabra americano no puede ser solamente aplicada a los ciudadanos de los Estados Unidos de Norte-América y sería deseable que esta nomenclatura de las naciones independientes del Nuevo Continente, pueda fijarse de una manera que a la vez sea cómoda, armoniosa y precisa".

El vocablo perdurable: América Latina

Detrás de la aventura colonialista de Napoleón III en México y de su ambición competitiva con Inglaterra y Estados Unidos, surgió aquel vocablo perdurable: *América Latina*:

Pero si la palabra expresaba una idea metahistórica, desde el último tercio del XIX, *nuestra América* se encargaría de desvestirla de su latinidad bonapartista. América Latina es desde entonces nombre para definirse frente a sí, frente al pasado, frente a Estados Unidos y, especialmente, frente al futuro: y que se trataba de una noción concreta e inmediatamente histórica, lo demuestran el ascenso de Martí en el firmamento espiritual y la solidaridad con la guerra de independencia de Cuba por las élites de la época, con abstracción de credos y banderías.

Esa primera clasificación designaba unas dinámicas nacionales que pocos captaron: me atrevería a pensar que la idea de este Congreso de Americanistas, nace en el vértice de esta situación de poder, diplomacia y afán de precisar límites y alcances históricos de las Américas: quizás en su evolución pueda verse de qué manera esos límites se han enriquecido y en qué forma los contenidos nacionales de América se han fundido en la modernidad.

La *latinidad* no supuso la unión política, sueño de tantos, comenzando por Bolívar; pero las urgencias de integración en el mundo bipolar de hoy, la hacen más apremiante. En casos dramáticos recientes como la guerra de Las Malvinas, la crisis de la deuda externa y la de Centroamérica, los latinoamericanos mostramos que podemos responder con nuestra propia voz, que ya es voz de madurez.

Y la convivencia en nuestro hemisferio requiere aceptar de antemano esta pluralidad multifacética: la capacidad soberana a la autodeterminación de nuestras naciones y a la libre expresión de nuestras culturas.

El reino del saber

El Congreso de Americanistas con su sede en la Universidad de los Andes, permite a nuestra comunidad académica, caracterizada por su fidelidad a la verdad, decir su fraternidad internacionalista,

puesto que el reino del saber no tiene fronteras nacionales, ni raciales.

Veintitantas Américas Latinas, se ha dicho: es evidente que en la misma constelación histórica y cultural, cada una de nuestras naciones manifiesta una personalidad particular de expresar su idiosincracia: por lo cual esperamos, Señores Delegados, que concluidas las labores académicas del Congreso, recorran ustedes nuestra vasta geografía del jaguar, la esmeralda y la anaconda; aprecien las diferencias del paisaje natural y social, y, ojalá, penetren en nuestro pacto político y social.

El alto riesgo

Nos sentimos honrados y estimulados con su presencia: algunos de ustedes llegan a Colombia desafiando una propaganda injusta y que pone sobre nuestro mapa la mancha negra que significa *alto riesgo*, *peligro considerable*, para turistas y visitantes.

Como la mayoría de las naciones latinoamericanas, tenemos una existencia social y cultural que antecede las hazañas de Cristóbal Colón. Construyendo sobre la vocación y tenacidad de arqueólogo europeos, como Paul Rivet, estamos recogiendo los frutos de escuelas colombianas de antropología y arqueología. Esas ciencias se han constituido en soporte —a través de la educación— de los valores de lo propio, para que nuestros niños y jóvenes tengan mejor percepción del legado de los antiguos colombianos.

Esta dirección valorativa nada tiene que ver con los nacionalismos estrechos: los valores que la orientan están confundidos con los aportes del hombre a su propio desarrollo. Así, pensamos que Hegel ponía límites demasiado altos a la participación de los pueblos americanos en la construcción de la historia humana; que, por modestos que hayan sido los aportes de los quimbayas, muiscas o tayronas, o de la civilización que floreció en San Agustín, a la estatuaría, a la orfebrería, a los textiles o a las tallas de madera, a la domesticación de plantas y animales, son aportes a la historia del hombre en su más amplio sentido.

Es oportuno decir que nuestra Universidad Nacional, el primer centro de educación superior en Colombia, da los primeros pasos para establecer programas académicos de docencia e investigación en arqueología como disciplina autónoma.

La gran lección

Hablaba de los aportes de arqueólogos europeos a nuestra disciplina arqueológica: Rivet dejó escuela y, las contribuciones de Gerardo Reichel-Dolmatoff son apreciadas por la comunidad científica. En su capítulo del *Manual de Historia de Colombia*, Reichel concluye así su estudio sobre la Colombia indígena en el período prehispánico:

"...el gran legado del indio consiste en la manera como comprendió y manejó esta tierra. En la forma como apreciaron y explotaron los diversos medios ambientes de las costas y de las vertientes, de las selvas y de los altiplanos; cómo supieron extraer de ellos su sustento sin destruir la fauna; cómo conservaron la tierra con sus terrazas y canales. Esto es lo que nos han dejado los indios, y es esto lo que nos debe enseñar la arqueología".

Remontando siglos, sabemos que las relaciones sociales y políticas han sido menos armoniosas que las entabladas por nuestros antepasados indios con la naturaleza. Pero nuestro presente recoge señales alusivas al compromiso político, a la madurez de la lucha entre adversarios, a la realización del crecimiento autosostenido y de la equidad social.

Miradas de cerca las realidades del poder internacional, vemos cómo desde la segunda guerra mundial el Tercer Mundo ha sido teatro de guerras para probar destructivos armamentos, guerras que se han internacionalizado y hundido en las cruzadas de la pugna Este-Oeste. La autonomía nacional ha sufrido enormes retrocesos, en cuanto la dinámica interna se transforma en la lógica de las superpotencias: es satisfactorio saber que estos temas se analizarán en simposios especializados en este Congreso.

La razón y el diálogo

Quisiera llamar su atención sobre los experimentos pacifistas que realizan el pueblo y el gobierno de Colombia, en medio de un piélago de contradicciones en el seno de la sociedad colombiana, comprendidos los propios movimientos guerrilleros: a veces parecería como si sectores de aquella y de éstos, gustaran más de la represión que de la razón y menos del diálogo que del monólogo.

Desde muchos ángulos nuestra historia política es peculiar en el cuadro latinoamericano: hemos sido país relativamente aislado, el "Nepal de América del Sur" como dijera uno de nuestros expresidentes. Pese a lo cual somos simultáneamente país de la cuenca del Pacífico, caribeño, andino y amazónico: en la esquina noroccidental de Suramérica, pertenecemos a la gran Cuenca Atlántica que, desde el siglo XVI es el centro de la civilización occidental y, a la Cuenca del Pacífico que, según muchos, será escenario privilegiado del siglo XXI en adelante, puesto que en esta orilla están desde Alaska y las Californias hasta Chile y en la otra China, Japón, el Sudeste Asiático y el continente australiano.

Nuestra posición en el Caribe nos hace partícipes de la convulsión regional, cuyos rumbos actuales son inciertos, a menos que gobiernos y pueblos amantes de la paz, actuemos con vigor y lucidez. La guerra justa que se debe librar en Centroamérica, no es la actual confrontación, sino la guerra contra la opresión de la pobreza, contra el subdesarrollo, contra la extrema desigualdad social; y la deben librar soberanamente sus pueblos, conforme al derecho internacional e interamericano de la libre autodeterminación.

Contadora, el grupo mediador al que mi gobierno se honra en pertenecer, ha buscado por más de dos años la aproximación negociada, mediante fórmulas jurídico-políticas justas, para resolver un conflicto cuya potencialidad bélica es advertida por el mundo.

Actores y no espectadores

Pero no es que la pertenencia al mismo ámbito histórico-geográfico del Caribe, por sí sola nos induzca a buscar la paz; ni es sólo la defensa del orden internacional, lo que nos obliga a la solidaridad. Es que los fenómenos del subdesarrollo, de la guerra y de la paz, son ahora menos nacionales; cada día estamos, inevitablemente, participando en un diseño del que no debemos marginarnos, a riesgo de quedar convertidos en espectadores impotentes.

Creemos en las fórmulas políticas y de compromiso para poner término a más de 30 años de enfrentamientos estériles; no creemos en las soluciones represivas para problemas cuya naturaleza es política y socioeconómica. Para el componente ideológico-político, ampliamos el espacio democrático que ha permitido ya que el 90% de las guerrillas se conviertan en partido político y presenten

candidatos a la presidencia y al parlamento; y ofrecemos alternativas de diálogo y perdón; nuestro Congreso aprobó hace más de dos años una amplia ley de amnistía y recientemente una ley de indulto; para el componente socioeconómico, estamos discutiendo con voceros de los partidos, de los gremios de producción, de los sindicatos y de los propios guerrilleros, leyes que llevaremos al parlamento, como respuestas concretas a las seculares injusticias sociales.

Un sistema político abierto

Los invito, Señores Delegados, a que aprovechen esta visita a Colombia para apreciar mejor un sistema político abierto y en constante movimiento, que busca demostrar que el mundo no está condenado fatalmente a la violencia.

El pueblo colombiano ha madurado en este proceso contra una violencia que no ocultamos, aunque se da principalmente en los márgenes de nuestra geografía y de nuestra sociedad. Vemos cómo se mueven los actores; con qué coherencia; cómo expresan sus aspiraciones o cómo se pierden y desgastan las mejores oportunidades. Y, conservando una tradición que nos honra, debatimos libremente estos temas, en la prensa y en todos los medios de difusión; los académicos los analizan también libremente, como lo comprobarán los participantes en los simposios de este Congreso.

Decía que desbordando lo incidental, vemos un sustrato más permanente de nuestra idiosincracia, que hunde sus raíces en una tradición recibida de nuestros antepasados indígenas, de los conquistadores y colonizadores ibéricos, de los negros esclavos llegados del Africa: esa amalgama cultural sigue haciéndose, lo sabemos; y sabemos que tenemos vida y porvenir; que estas sociedades nuestras, para usar la palabra de Unamuno, tienen *ganas de vivir*, de procrear, de extenderse sobre el territorio, de progresar mirando su historia, de convivir con el género humano del que son expresión.

Tiente mucho el navegar

Las utopías americanas tienen un solo nombre y un común denominador: la paz. La paz, unívoca e indivisible es, más que ausencia de conflictos, conciencia y comportamiento que presuponen el consenso, a escala nacional e internacional, de que los propósitos

y procedimientos que rigen la alianza de una sociedad de personas o un conjunto de naciones, son justos.

De esta alianza no prescrita y no signada, debe emanar un contenido ejemplar. Aquella "América ingenua que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español", según evocación de Rubén Darío, es hoy distinta, menos ingenua y más ambiciosa. No en el sentido de la ambición dominadora, sino en el de coherencia y fidelidad a la cultura heredada y a la cultura increada que queremos configurar: un modo de vida abierto y polifónico, democrático y tolerante, respetuoso y orgulloso, sustentado en la gran convicción de la paz, en el "no" reiterado a las conquistas y en la esperanza permanente del infinito descubrimiento.

En "El viajero y su sombra" Nietzsche decía en una exaltación de la paz que "más vale perecer que odiar y temer; y más vale perecer que hacerse doblemente odiado y temido; algún día esta será la máxima más elevada para toda la humanidad".

Ese es el gran oficio de nuestra América, al que nos convocan nuestra condición, nuestro pasado, la configuración del mundo actual. De la cual debemos tomar conciencia, y aplicarnos estas palabras del diario de Cristóbal Colón, cuando se invitaba, cuando nos invitaba a la acción, al decir que "cumple mucho que yo olvide el sueño y tiene mucho el navegar".